

—Y ¿qué edad tiene esa señora que se cría para condesa?—preguntó el del Bosque.

—Quince años, dos más a menos—respondió Sancho—; pero es tan grande como una lanza y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapán.

—Partes son ésas—respondió el del Bosque—, no sólo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque.

Escupía Sancho a menudo, al parecer, un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo bosqueril escudero, dijo:

—Paréceme que, de lo que hemos hablado, se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzón de mi caballo, que es tal como bueno.

Y levantándose, volvió desde allí a un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara, y no es encarecimiento.

Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba a oscuras bocados de nudos de suelta, y dijo:

—Vuesa merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo a lo menos; y no como yo, mezquino y malaventurado, que sólo traigo en mis alforjas un poco de queso, tan duro, que pueden descalabrar con ello a un gigante; a quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces, merced a la estrechez de mi dueño, y a la opinión que tiene y orden que guarda, de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo.

—Por mi fe, hermano—replicó el del Bosque—, que yo no tengo hecho el estómago a tagarninas ni a piruétanos, ni a raíces de los montes; allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellas mandaren; fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzón de la silla, por sí o por no; y es tan devota mía y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos.

Y diciendo esto, se la puso en las manos a Sancho, el cual empinándola, puesta a la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber, dejó caer la cabeza a un lado, y dando un gran suspiro, dijo:

—Pero dígame, señor, por el siglo de lo que más quiere, este vino ¿es de Ciudad Real?

—¡Bravo mojón!—respondió el del Bosque—En verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad.

—¡A mí con eso!—dijo Sancho—¡No toméis menos, sino que se me fuera a mí por alto dar alcance a su nacimiento! ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome a oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje, por parte de mi padre, los dos más excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha: para prueba de lo cual, les sucedió lo que ahora diré: Diéronles a los dos a probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad o malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua, el otro no hizo más de llevarlo a las narices. El primero dijo que aquel vino sabía a hierro; el segundo dijo que más sabía a cordobán; el dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenía adobo alguno, por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordobán. Con todo eso, los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habían dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba, hallaron en ella una llave pequeña, pendiente de una correa de cordobán; porque vea vuesa merced si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas.

—Por eso digo—dijo el del Bosque—, que nos dejemos de andar buscando aventuras; y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas y volvamos a nuestras chozas; que allí nos hallará Dios, si él quiere.

—Hasta que mi amo llegue a Zaragoza le serviré; que después, todos nos entenderemos.

Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed; que quitársela fuera imposible; y así, asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados a medio mascar en la boca, se quedaron dormidos; donde los dejaremos por ahora, por contar lo que el Caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

CAPÍTULO XIV

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque.

Entre muchas razones que pasaron Don Quijote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo a Don Quijote:

—Finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, o por mejor decir, mi elección, me trujo a enamorar de la sin par Casildea de

Vandalia; llámola sin par, porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina a Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese a desafiar a aquella famosa gigante de Sevilla, llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce; y sin mudarse de un lugar, es la más movable y voltaria mujer del mundo. Llegué, víla y vencíla, y hícela estar queda y a raya, porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez también hubo que me mandó fuese a tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando: empresa más para encomendarse a ganapanes que a caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra (peligro inaudito y temeroso!), y que le trujese particular relación de lo que en aquella oscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento a la Giralda, pesé los toros de Guisando; despeñéme en la sima y saqué a luz lo escondido de su abismo; y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolución, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar a todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la más aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe; en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido a contradecirme; pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla a aquel tan famoso caballero, Don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en sólo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo; porque el tal Don Quijote que digo, los ha vencido a todos; y habiéndole yo vencido a él, su gloria su fama y su honra se ha transferido y pasado a mi persona,

Y tanto el vencedor es más honrado,
cuanto más el vencido es reputado;

así que, ya corren por mi cuenta y son más las innumerables hazañas del ya referido Don Quijote.

Admirado quedó Don Quijote de oír al Caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el *mentis* en el pico de la lengua;

pero reportóse lo mejor que pudo, por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así, sosegadamente le dijo:

—De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido a los más caballeros andantes de España y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido a Don Quijote de la Mancha, póngolo en duda; podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan.

—¿Cómo no?—replicó el del Bosque—Por el cielo que nos cubre, que peleé con Don Quijote y le vencí y rendí; y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos; campea debajo del nombre del *Caballero de la Triste Figura*, y trae por escudero a un labrador llamado Sancho Panza, oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo, llamado Rocinante, y finalmente, tiene por señora de su voluntad a una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo; como la mía, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, ¡yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que le hará dar crédito a la misma incredulidad.

—Sosegaos, señor caballero—dijo Don Quijote—, y escuchad lo que deciros quiero. Habéis de saber que ese Don Quijote que decís, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona; y que por las señas que dél me habéis dado, tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido; por otra parte, veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mesmo; si ya no fuese que, como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierta de la tierra; y para confirmación desto, quiero también que sepáis que los tales encantadores sus contrarios, no ha más de diez horas que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán transformado a Don Quijote; y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mesmo Don Quijote, que la sustentará con sus armas a pie o a caballo, o de cualquiera suerte que os agradare.

Y diciendo esto, se levantó en pie y empuñó la espada, esperando qué resolución tomaría el Caballero del Bosque, el cual con voz asimismo sosegada respondió y dijo:

—Al buen pagador no le duelen prendas. El que una vez, señor Don

Quijote, pudo vencerlo transformado, bien podrá tener esperanza de ser dios en vuestro propio ser; mas, porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas a oscuras, como los salteadores y rufianes, esperemos el día, para que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condición de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar a la voluntad del vencedor, para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente a caballero lo que se le ordenare.

—Soy más que contento desea condición y conveniencia—respondió Don Quijote:

Y en diciendo esto, se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando los saltó el sueño. Despertáronlos y mandáronles que tuviesen a punto los caballos, porque en saliendo el sol, habían de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla; a cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentías que había oído decir del suyo al escudero del Bosque; pero, sin hablar palabra, se fueron los dos escuderos a buscar su ganado; que ya todos tres caballos y el Rucio se habían oído, y estaban todos juntos.

En el camino dijo el del Bosque a Sancho:

—Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos, mano sobre mano, en tanto que sus ahijados riñen: dígolo, porque está advertido que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros también hemos de pelear y hacernos astillas.

—Esa costumbre, señor escudero—respondió Sancho—, allá puede correr y pasar con los peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso; a lo menos yo no he oído decir a mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería; cuanto más, que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta a los tales pacíficos escuderos; que yo aseguro que no pase de dos libras de cera; y más quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos, que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes; hay más, que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse.

—Para eso sé yo un buen remedio—dijo el del Bosque—: yo traigo aquí dos talegas de lienzo de un mesmo tamaño; tomaréis vos la una, y yo la otra, y reñiremos a talegazos, con armas iguales.

—Desa manera, sea en buen hora—respondió Sancho—; porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos.

—No ha de ser así—replicó el otro—, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros, limpios y pelados, que pesen tanto los unos como los otros; y desta manera, nos podremos atalegar, sin hacernos mal ni daño.

—Mirad, ¡cuerpo de mi padre!—respondió Sancho—, ¡qué martas cebollinas o qué copos de algodón cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascotes y hechos alheña los huesos! Pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mío, que no he de pelear; peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros; que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando arbitrios para que se acaben antes de llegar su sazón y término, y que se cayan de maduras.

—Con todo—replicó el del Bosque—, hemos de pelear siquiera media hora.

—Eso no—respondió Sancho—; no seré yo tan descortés ni tan desagradecido, que con quien he comido y he bebido trabe cuestión alguna, por mínima que sea; cuanto más, que, estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar a reñir a secas?

—Para eso—dijo el del Bosque—, yo daré un suficiente remedio, y es, que antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente a vuesa merced y le daré tres o cuatro bofetadas, que dé con él a mis pies; con las cuales le haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un lirón.

—Contra ese corte sé yo otro—respondió Sancho—, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuesa merced llegue a despertar-me la cólera, haré yo dormir a garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejen manosear el rostro de nadie: aunque lo más acertado sería dejar dormir su cólera a cada uno; que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve trasquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas; porque si un gato acosado, encerrado y apretado, se vuelve en león, yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme; y así, desde ahora intimo a vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare.

—Está bien—replicó el del Bosque—; amanecerá Dios y medraremos. En esto ya comenzaban a gorgear en los árboles mil suertes de pintados

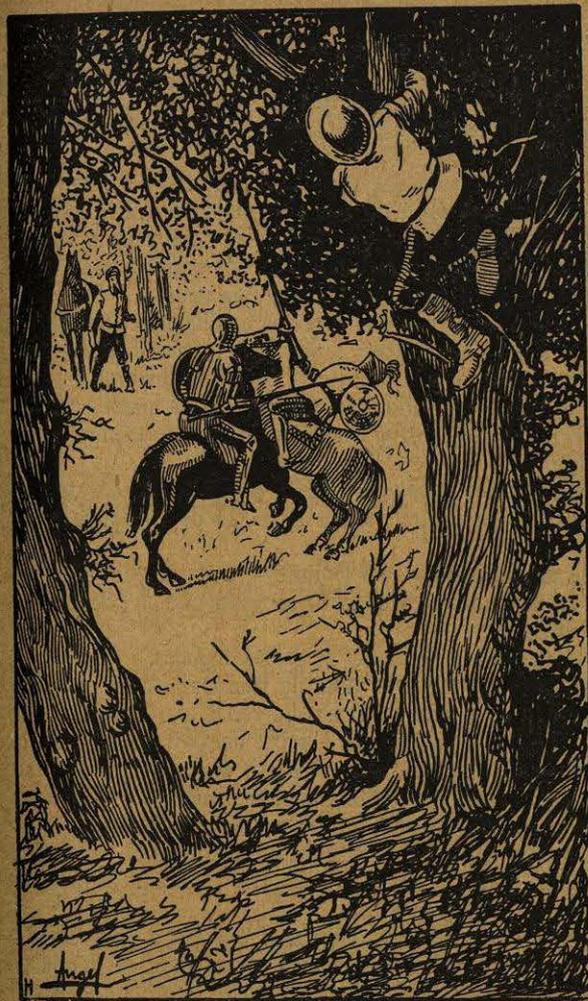
pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la bienvenida a la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave llover bañándose las yerbas, parecía asimismo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófara; los sauces destilaban maná sabroso, reían las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida.

Mas apenas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció a los ojos de Sancho Panza fue la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande, que casi le hacían sombra a todo el cuerpo. Cuéntase, en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de verrugas, de color amorado, como de berenjena; bajábale dos dedos más abajo de la boca, cuya grandeza, color, verrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho, comenzó a herir de pie y de mano como niño con alferceía, y propuso en su corazón de dejarse dar docientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo. Don Quijote miró a su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevesta o casaca de una tela, al parecer, de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían en grandísima manera galán y vistoso; volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza, que tenía arrimada a un árbol, era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de más de un palmo.

Todo lo miró y todo lo notó Don Quijote; y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas; pero no por eso temió, como Sancho Panza; antes con gentil denuedo dijo al Caballero de los Espejos:

—Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía por ella os pido que alcéis la visera un poco, porque yo vea si la gallarda de vuestro rostro responde a la de vuestra disposición.

—O vencido o vencedor que salgáis desta empresa, señor caballero—respondió el de los Espejos—, os quedará tiempo y espacio demasiada para verme; y si ahora no satisfago a vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio a la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera sin haceros confesar lo que ya sabéis que pretendo.



Encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que, mal de su grado, le hizo venir al suelo por las ancas del caballo.

—Pues en tanto que subimos a caballo—dijo Don Quijote—, podéis decirme si soy yo aquel Don Quijote, que dijistes haber vencido.

—A eso vos respondemos—dijo el de los Espejos—que parecéis, como se parece un huevo a otro, al mismo caballero que yo vencí; pero, según vos decís que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el que pretendido o no.

—Eso me basta a mí—respondió Don Quijote—para que crea vuestra palabra engaño; empero, para sacaros dél de todo punto, vengan nuestros caballos que en menos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios quiere, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro y vos veréis que no soy yo el vencido Don Quijote que pensáis.

Con esto, acortando razones, subieron a caballo, y Don Quijote volvió a las riendas a Rocinante, para tomar lo que convenía del campo para volver a encontrar a su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se había apartado Don Quijote veinte pasos, cuando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo:

—Advertid, señor caballero, que la condición de nuestra batalla es que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar a discreción del vencedor.

—Ya la sé—respondió Don Quijote—, con tal que lo que se le pusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería.

—Así se entiende—respondió el de los Espejos.

Ofreciéronsele en esto a la vista de Don Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho; tanto, que juzgó por algún monstruo o por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vio partir a su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con sólo un paso gonzalo con aquellas narices en las suyas, sería acabada la pendeña de suya, quedando, del golpe o del miedo, tendido en el suelo; y fuése tras su amo, asido a una acción de Rocinante; y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese, le dijo:

—Suplico a vuestra merced, señor mío, que antes que vuelva a encontrarse, me ayude a subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver más a mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuestra merced ha de hacer con este caballero.

—Antes creo, Sancho—dijo Don Quijote—, que te quieres encaramar y subir en andamio, por ver sin peligro los toros.

—La verdad que diga—respondió Sancho—, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo a estar junto a él.

—Ellas son tales—dijo Don Quijote—, que, a no ser yo quien soy, también me asombrarían; y así, ven, ayudarte he a subir donde dices.

En lo que se detuvo Don Quijote a que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario; y creyendo que lo mismo habría hecho Don Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas a su caballo, que no era más ligero ni de mejor paracer que Rocinante; y a todo su correr, que era un mediano trote, iba a encontrar a su enemigo, pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, a causa de que ya no podía moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venía volando, arrojó reciamente las espuelas a las traídas y atadas de Rocinante; y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demás siempre fueron trotes declarados; y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba, hincando a su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde había hecho estanco de su carrera. En esta buena sazón y coyuntura halló Don Quijote a su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca o no acertó o no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, a salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que sin mover pie ni mano, dió señales de que estaba muerto.

Apenas le vio caído Sancho, cuando se deslizó del alcornoque y a toda prisa vino donde su señor estaba; el cual, apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo, para ver si era muerto, y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió... ¿Quién podrá decir lo que vió, sin causar admiración, maravilla y espanto a los que lo oyeren?

—¡Vió, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspectiva misma del Bachiller Sansón Carrasco! Y así como la vió, en altas voces dijo:

—Acude, Sancho, y mira lo que has de ver y no lo has de creer; aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores.

Llegó Sanchó, y como vió el rostro del Bachiller Carrasco, comenzó a hacerse mil cruces y a santiguarse otras tantas. En todo esto no das muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo a Don Quijote:

—Soy de parecer, señor mío, que, por sí o por no, vuesa merced hincó y metió la espada por la boca a este que parece el Bachiller Sansón Carrasco; quizá matará en él a alguno de sus enemigos los encantadores.

—No dices mal—dijo Don Quijote—, porque de los enemigos los menea y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le había hecho, y a grandes voces dijo:

—Mire vuesa merced lo que hace, señor Don Quijote; que ese que tiene a los pies es el Bachiller Sansón Carrasco, su amigo, y yo soy su escudero. Y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le dijo:

—¿Y las narices?

A lo que él respondió:

—Aquí las tengo en la faldriquera—Y echando mano a la derecha sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manifiatura que quedan delineadas; y mirándole más y más Sancho, con voz admirativa y grande dijo:

—¡Santa María, y valme! Este, ¿no es Tomé Cecial, mi vecino y mi compadre?

—Y ¡cómo si lo soy! —respondió el ya desnarigado escudero— Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza; y luego os diré los arduos, embustes y enredos por donde soy aquí venido; y en tanto que yo os suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al Caballero de los Espejos, que a sus pies tiene; porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado Bachiller Sansón Carrasco, nuestro capitán patriota.

En esto volvió en sí el de los Espejos; lo cual visto por Don Quijote le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro y le dijo:

—Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza a vuestra Casildea de Vandalia; y demás de esto, habéis de prometer, si de esta contienda y caída quedáreis con vida, de ir a la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que más en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo habéis de volver a buscarme (si el rastro de mis hazañas os servirá de guía que os traiga donde yo estuviere), y a decirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que

conforme a las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería.

—Confieso—dijo el caído caballero—que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea; y prometo de ir y volver de su presencia a la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedís.

—También habéis de confesar y creer—añadió Don Quijote—que aquel caballero que vencistes no fué ni pudo ser Don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecía, como yo confieso y creo que vos, aunque parecéis el Bachiller Sansón Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que, en su figura, aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera y para que use blandamente de la gloria del vencimiento.

—Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creís, juzgáis y sentís—respondió el derrengado caballero—: dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz maltrecho me tiene.

Ayudóle a levantar Don Quijote y Tomé Cecial, o su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decía; mas la aprensión que en Sancho había hecho lo que su amo dijo, de que los encantadores habían mudado la figura del Caballero de los Espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito a la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente, se quedaron con este engaño amo y mozo; y el de los Espejos y su escudero, mohinos y malandantes, se apartaron de Don Quijote y Sancho, con intención aquél de buscar algún lugar donde bizmarse y entablarse las costillas. Don Quijote y Sancho volvieron a proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quién era el Caballero de los Espejos y su narigante escudero.

CAPÍTULO XV

*Donde se cuenta y da noticia de
quién era el Caballero de los Espejos y su escudero.*

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba Don Quijote, por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero, como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballescía palabra esperaba saber si el encantamiento de su señora pasaba adelante; pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, a darle razón de lo que

con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba Don Quijote, y otro el de los Espejos, puesto que por entonces no era otro su pensamiento, sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice, pues, la historia que cuando el Bachiller Sansón Carrasco aconsejó a Don Quijote, que volviese a proseguir sus dejadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo con el Cura y el Barbero sobre qué medio se podría tomar para reducir a Don Quijote a que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras; de cuyo consejo salió, por voto común de todos y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir a Don Quijote, pues el detenerle parecía imposible, y que Sansón le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaría sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil; y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase a merced del vencedor; y así, vencido Don Quijote, le había de mandar el Bachiller caballero se volviese a su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, o hasta tanto que por él le fuese mandada otra cosa; lo cual era claro que Don Quijote, vencido, cumpliría indubitablemente, por no contravenir y faltar a las leyes de la caballería; y podría ser que en el tiempo de su reclusión se le olvidasen sus vanidades, o se diese lugar de buscar a su locura algún conveniente remedio.

Aprestóse Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sansón, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen; y así siguieron el mismo viaje que llevaba Don Quijote; y finalmente, dieron con ellos en el bosque, donde les sucedió todo lo que el prudente ha leído; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quijote, que se dió a entender que el Bachiller no era el Bachiller, el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros.

Tomé Cecial, que vió cuán mal habían logrado sus deseos, y el mal paradero que había tenido su camino, dijo al Bachiller:

—Por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las más veces se sale della. Don Quijote loco, nosotros cuerdos; él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora cuál es más loco: ¿el que lo es por no poder menos, o el que lo es por su voluntad?

A lo que respondió Sansón:

—La diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere.

—Pues así es—dijo Tomé Cecial—, yo fui por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuesa merced, y por la misma quiero dejar de serlo, y volverme a mi casa.

—Eso os cumple—respondió Sansón—; porque pensar que yo he de volver a la mía hasta haber molido a palos a Don Quijote, es pensar en lo excusado; y no me llevará ahora a buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza; que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer más piadosos discursos.

En esto fueron razonando los dos hasta que llegaron a un pueblo, donde fué ventura hallar un algebrista, con quien se curó el Sansón desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve a hablar dél a su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con Don Quijote.

CAPÍTULO XVII

Donde se declara el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de Don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones.

Llegando el autor desta grande historia a contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no había de ser creído, porque las locuras de Don Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta más allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar a la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones que podían ponerle de mentiroso; y tuvo razón, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua; y así, prosiguiendo su historia, dice que cuando Don Quijote daba voces a Sancho que le trujese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los pastores le vendían, y acosado de la mucha priesa de su amo,

no supo qué hacer dellos ni en qué traerlos; y por no perderlos (que ya los tenía pagados), acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió a ver lo que le quería; el cual, en llegando, le dijo:

—Dame, amigo, esa celada; que yo sé poco de aventuras, o lo que allí descubro es alguna que me ha de necesitar y me necesita a tomar mis armas.

El del Verde Gabán, que esto oyó, tendió la vista por todas partes y no descubrió otra cosa que un carro que hacia ellos venía con dos o tres banderas pequeñas, que le dieron a entender que el tal carro debía de traer hacienda de su Majestad, y así se lo dijo a Don Quijote; pero él no le dio crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habían de ser aventuras y más aventuras, y así respondió al hidalgo:

—Hombre apercebido, medio combatido. No se pierde nada en que yo me aperciba; que sé por experiencia que tengo enemigos visibles e invisibles, y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer:

Y volviéndose a Sancho, le pidió la celada; al cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla Don Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venía, con toda priesa se la encajó en la cabeza, y como los requesones se apretaron y exprimieron, comenzó a correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quijote, de lo que recibió tal susto, que dijo a Sancho:

—¿Que será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos, o se me derriten los sesos, o que sudo de los pies a la cabeza? Y si es que sudo, en verdad que no es de miedo. Sin duda creo que es terrible la aventura que agora quiere sucederme. Dame, si tienes, con qué me limpie; que el copioso sudor me ciega los ojos.

Calló Sancho y dióle un paño, y dió con él gracias a Dios de que su señor no hubiese caído en el caso. Limpióse Don Quijote, y quitóse la celada por ver qué cosa era la que a su parecer le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó a las narices, y en oliéndolas, dijo:

—¡Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y mal mirado escudero!

A lo que con gran flema y disimulación respondió Sancho:

—Si son requesones, démelos vuesa merced, que yo me los comeré... pero cómalos el diablo, que debió de ser el que allí los puso. ¡Yo había de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced! ¡Halládole habéis el atrevido! A la fe, señor, a lo que Dios me da a entender, también

debo yo de tener encantadores que me persiguen, como a hechura y miembro de vuesa merced; y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover a cólera su paciencia, y hacer que me muela como suele, las costillas. Pues en verdad que esta vez han dado salto en vago; que yo confío en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estómago que en la celada.

—Todo puede ser—dijo Don Quijote.

Y después de haberse limpiado rostro y barbas y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada y asiendola lanza, dijo:

—Ahora venga lo que viniere; que estoy aquí con ánimo de tomarme con el mismo Satanás en persona.

Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venía otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera.

Púsose Don Quijote delante y dijo:

—¿Adónde váis, hermanos? ¿Qué carro es éste? ¿Qué lleváis en él? Y ¿qué banderas son aquéstas?

A lo que respondió el carretero:

—El carro es mío; lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envía a la Corte, presentados a su Majestad; las banderas son del Rey, nuestro señor, en señal que aquí va cosa suya.

—Y ¿son grandes los leones?—preguntó Don Quijote.

—Tan grandes—respondió el hombre que iba a la puerta del carro—, que no han pasado mayores ni tan grandes de África a España jamás; y yo soy el leonero, y he pasado otros; pero como éstos, ninguno. Son hembra y macho: el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atrás, y ahora van hambrientos, porque no han comido hoy; y así, vuesa merced se desvíe; que es menester llegar presto donde les demos de comer.

A lo que dijo Don Quijote, sonriéndose un poco:

—¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos, y a tales horas? Pues, por Dios, que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre; y pues sois el leonero, abrid esas jaulas y echadme esas bestias fuera; que en mitad desta campaña les daré a conocer quién es Don Quijote de la Mancha, a despecho y pesar de los encantadores que a mí los envían.

Llegóse en esto a él Sancho y díjole:

—Señor, por quien Dios es, que vuesa merced haga de manera que mi señor Don Quijote no se tome con estos leones; que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos a todos.

—Pues ¿tan loco es vuestro amo—respondió el hidalgo—que teméis creís que se ha de tomar con tan fieros animales?

—No es loco—respondió Sancho—, sino atrevido.

—Yo haré que no lo sea—replicó el hidalgo.

Y llegándose a Don Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo:

—Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que todo en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza; cuanto más que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan; van presentados a su Majestad, y no será bien detenerlos, ni impedirles su viaje.

—Váyase vuesa merced, señor hidalgo—respondió Don Quijote—, a entender con su perdigón manso y con su hurón atrevido, y deje a cada uno hacer su oficio; éste es el mío, y yo sé si vienen a mí o no estos señores leones—; y volviéndose al leonero, le dijo:—¡Voto a tal, don bellaco, que si no abris, luego, luego, las jaulas, que con esta lanza os he de coser en el carro!

El carretero, que vió la determinación de aquella armada fantasma, le dijo:

—Señor mío, vuesa merced sea servido, por caridad, dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas antes que se desenvainen los leones; porque si me las matan, quedaré rematado para toda mi vida; que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas.

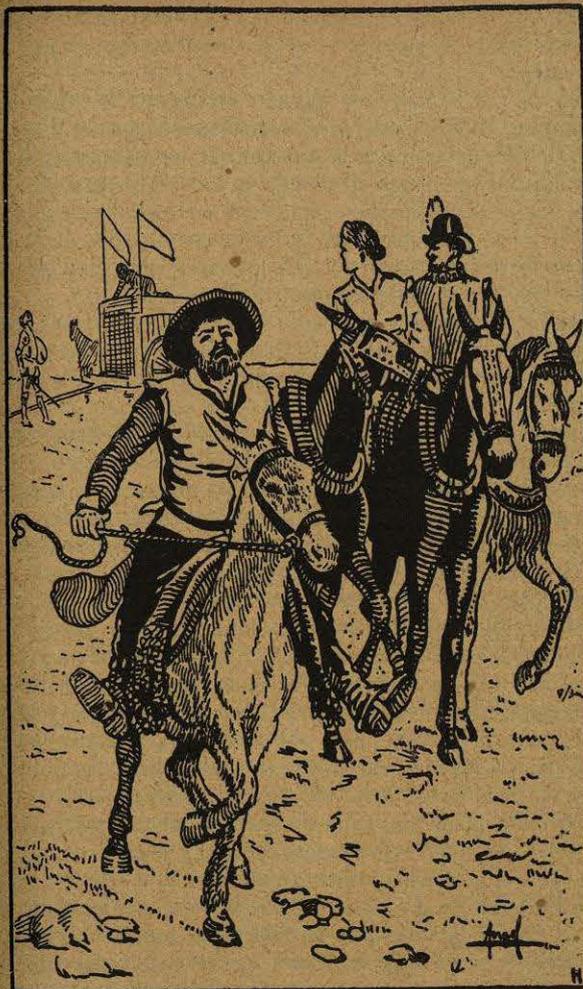
—¡Oh, hombre de poca fe!—respondió Don Quijote—Apéate y desuncir y haz lo que quisieres; que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia.

Apeóse el carretero y desunció a gran priesa, y el leonero dijo a grandes voces:

—Séanme testigos cuantos aquí están cómo contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto a este señor que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta con más mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra; que yo seguro estoy que no me han de hacer daño.

Otra vez le propuso el hidalgo que no hiciese locura semejante; que intentara a Dios acometer tal disparate. A lo que respondió Don Quijote que él sabía lo que hacía.

Respondióle el hidalgo que lo mirase bien; que él entendía que se engañaba.



Pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro.

—Ahora, señor—replicó Don Quijote—, si vuesa merced no quiere oyente desta, que, a su parecer, ha de ser tragedia, pique la tordilla y pégase en salvo.

Oído lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparación habían sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento y la temerosa de los batanes, y finalmente todas las hazañas que había acometido en todo el discurso de su vida.

—Mire, señor—decía Sancho—, que aquí no hay encanto ni cosa que valga; que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de león verdadero, y saco por ella que el tal león, cuya debe de ser tal uña, es mayor que una montaña.

—El miedo, a lo menos—respondió Don Quijote—, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y déjame; y si aquí muriere, ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás a Dulcinea... y yo te digo más.

A éstas añadió otras razones, con que quitó las esperanzas de que había de dejar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verano Gabán oponérsele; pero vióse desigual en las armas, y no le pareció en dura tomarse con un loco; que ya se lo había parecido de todo punto Don Quijote, el cual, volviendo a dar prisa al leonero y a reiterar las amenazas, dió ocasión al hidalgo a que picase la yegua, y Sancho al Rucio, y el carretero a sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo más que pudieron, antes que los leones se desembanastasen. Lloraba Sancho la muerte de su señor; que, aquella vez, sin duda creía que llegaba en las garras de los leones: maldecía su ventura, y llamaba menguada la hora en que vino al pensamiento volver a servirle; pero no, por llorar y lamentarse, dejaba de aporrear al Rucio, para que se alejase del carro. Viendo, pues, el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó a requerir y a intimidar a Don Quijote lo que ya le había requerido e intimidado el cual respondió que lo oía, y que no se curase de más intimaciones y requerimientos; que todo sería de poco fruto... y que se diese prisa.

En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quijote si sería bien hacer la batalla antes a pie que a caballo; y en fin, se determinó de hacerla a pie, temiendo que Rocinante se espantaría con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y abrazó el escudo, y desenvainando la espada, paso ante paso con maravilloso denuedo y corazón valiente, se fué a poner delante del carro, encomendándose a Dios de todo corazón, y luego a su señora Dulcinea.

Y es de saber, que llegando a este paso el autor de esta verdadera historia, exclama y dice: «¡Oh, fuerte, y sobre todo encarecimiento animoso, Don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de León, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, o con qué razones la haré creíble a los siglos venideros? O ¿qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles? Tú a pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perrillo cortadoras; con un escudo, no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamás criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego; que yo los dejo aquí en su punto, por faltarme palabras con que encarecerlos.»

Aquí cesó la referida exclamación del autor, y pasó adelante, anudando el hilo de la historia diciendo que habiendo visto el leonero ya puesto en postura a Don Quijote, y que no podía dejar de soltar al león macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el león, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula, donde venía echado, y tender la garra y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua, que sacó fuera, se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro; hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula y miró a todas partes con los ojos hechos brasas: vista y ademán para poner espanto a la misma temeridad. Sólo Don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él a las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura. Pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado a una y otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes a Don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió a echar en la jaula; viendo lo cual Don Quijote, mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera.

—Eso no haré yo—respondió el leonero—; porque si yo le instigo, el primero a quien hará pedazos será a mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna. El león tiene abierta la puerta; en su mano está salir o no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día: la grandeza del corazón de vuesa merced ya

está bien declarada. Ningún bravo peleante, según a mí se me alcanza, está obligado a más que a desafiar a su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento.

—Así es verdad—respondió Don Quijote—; cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has visto hacer; conviene a saber, cómo tú abriste al león, yo le esperé, él no salió, volvíle a esperar, volvió a no salir, y volvíose a acostar. No debo más; y encantos afuera, y Dios ayude a la razón y a la verdad, y a la verdadera caballería; y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas a los huídos y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña.

Hízolo así el leonero, y Don Quijote, poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se había limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó a llamar a los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza a cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho a ver la señal del blanco paño, dijo:

—Que me maten si mi señor no ha vencido a las fieras bestias, pues nos llama.

Detuviéronse todos y conocieron que el que hacía las señas era Don Quijote; y perdiendo alguna parte del miedo, poco a poco se vinieron acercando, hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quijote, que los llamaba.

Finalmente, volvieron al carro; y en llegando, dijo Don Quijote al carretero:

—Volved, hermano, a uncir vuestras mulas y a proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido.

—Esos daré yo de muy buena gana—respondió Sancho—; pero ¿qué se han hecho los leones? ¿Son muertos o vivos?

Entonces el leonero, menudamente y por sus pausas, contó el fin de la contienda, exagerando como él mejor pudo y supo, el valor de Don Quijote, de cuya vista el león acobardado, no quiso ni osó salir, puesto que había tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula; y que por haber él dicho a aquel caballero que era tentar a Dios irritar al león para que por fuerza saliese, como él quería que se le irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad, había permitido que la puerta se cerrase.

—¿Qué te parece desto, Sancho?—dijo Don Quijote—¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.

Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero a Don Quijote por la merced recibida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, cuando en la Corte se viesse.

—Pues si acaso su Majestad preguntare quién la hizo, diréisle, que el CABALLERO DE LOS LEONES; que de aquí adelante quiero que en éste se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del *Caballero de la Triste Figura*; y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querían o cuando les venía a cuento.

Siguió su camino el carro, y Don Quijote y Sancho prosiguieron el suyo.

CAPÍTULO XIX

*Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado,
con otros en verdadgraciosos sucesos.*

Poco trecho se había alongado Don Quijote del lugar de don Diego, cuando encontró con dos como clérigos o como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venían caballeros. El uno de los estudiantes traía como en portamanteo, en un lienzo de bocaí verde, envuelto, al parecer, un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate; el otro no traía otra cosa que dos espadas negras de esgrima, nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traían otras cosas que daban indicio y señal que venían de alguna villa grande, donde las habían comprado, y las llevaban a su aldea; y así estudiantes como labradores cayeron en la misma admiración en que caían todos aquellos que la vez primera veían a Don Quijote, y morían por saber qué hombre fuese aquel, tan fuera del uso de los otros hombres. Saludólos Don Quijote, y después de saber el camino que llevaban, que era el mesmo que él hacía, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban más sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en breves razones les dijo quién era, y su oficio y profesión, que era de caballero andante, que iba a buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Dijoles que se llamaba, de nombre propio, Don Quijote de la Mancha, y por el apelativo, el *Caballero de los Leones*.

Todo esto para los labradores era hablarles en griego o en jerigonza, pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza de celebró